

COLECCIÓN HISPANIOLA, 35

LUGARES

© De los textos, Juan Ángel Juristo

© Confluencias, 2022

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-124559-5-3

Depósito legal: AL 3789-2021

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JUAN ÁNGEL
JURISTO

LUGARES



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

A Miguel, siempre

I

A travésábamos todos los días desde Beyoğlu el puente de Gálata en dirección a Yenikapı y así nos era dado contemplar el paisaje de postal por excelencia que Ana se negaba a ver, pero que era tan real como los niños gitanos llenos de mocos, suciedad y belleza que se arremolinaban alrededor de la muralla, donde la ciudad antigua da la espalda a ese cuerno afortunado lleno de minaretes y ruinas prestigiosas, y en cuyos alrededores Juan Benet había descubierto el boquete por donde entraron las tropas de Metmet II, lleno de turistas, lleno de cafés al aire libre en Valan Caddesi, donde entre las morenas que ocultaban un pequeño cementerio Ana había descubierto con regocijo a unos cuantos jovencuelos turcos vestidos con cazadoras de cuero ligando a unas alemanas maduras que miraban con aprensión unos kilims desvaídos que serían vendidos como antiguos.

A Ana no se le había pasado el enfado desde que el día anterior, yendo hacia los depósitos de agua de la

Cisterna Basílica, había comprado a un chico un frasco de Chanel n° 5 tan mal imitado que me irritó que no lo quisiera ver, porque sabía que ante todo no quería dar su brazo a torcer y eso nos llevó a una discusión que yo creí absurda y que se inició cuando me empeñé en comer esas caballas pescadas en el puente de Gálata en uno de esos restaurantes establecidos en el puente y donde vibran las mesas al paso de los camiones y el ruido del tránsito te obliga casi a chillar. No era necesario contemplar las aguas aceitosas que transcurrían por debajo del puente en dirección al Cuerno de Oro para darse cuenta de que la caballa era una bomba tóxica pero aun y así me empeñé y Ana estuvo durante toda la comida bebiendo de una botella de agua mineral con remilgos y hurgando con el tenedor en los pimientos rellenos de carne mientras yo le daba a las caballas con patatas hervidas y raki y el inevitable pimiento. La ventana del restaurante se abría, por desgracia, a la postal, y la silueta de Hagia Sophia era tan persistente, para colmo el sol, que ya se inclinaba hacia el Cuerno de Oro, otorgaba reflejos de miel clara a la cúpula y a los minaretes que yo pensé que el crepúsculo ese día iba a ser espectacular. Lo dije.

Así que se presentaba una tarde de ambiente sordo y que a Ana a veces le servía como acicate para una apasionada reconciliación, al principio llena de reproches, pero, luego, mediante un hábil giro de la situación, por su parte, había perdón y lágrimas y caricias y ella en estas ocasiones se dejaba llevar de tal manera por la verdad que había creado que convertía los gemidos quedos del sexo cotidiano en gritos

arrancados de festivos orgiásticos sólo habitados por su imaginación.

Pero ni eso auguraba nada bueno, pues el hotel, que Ana se había empeñado tenía que estar en Pera porque había leído a Agatha Christie y le parecía lugar propicio a lo sorprendente, ya en plena decadencia, era refugio de los carteristas del barrio y lo que menos deseaba era que llamara la atención de una u otra manera, pero en especial de esa, ya que sabía sin más que donde había carteristas había policías conchabados con ellos formando algo así como la clase proletaria del hampa local y despreciados por sus colegas dedicados a labores más rentables, lo que llevaba consigo indefectiblemente que de vez en cuando cometieran actos que transgredían la ley no escrita del oficio para comprometer a sus colegas más afortunados, y un par de turistas eran bocado apetecible.

Pero a Ana le fascinaban las supersticiones literarias como a mí las que tenían que ver con los colores. Ella era sorda para cualquier tipo de visión, a no ser que estuviera respaldada por la letra. A mí sólo me podía el color y de tal modo que lo mismo que había contemplado el puente de Gálata y la postal, porque el día que estuvimos allí una ligera neblina formaba gotas de oro a través del sol, deseaba ir a la parte asiática, esa inmensa planicie que se adivinaba desde los altos de Pera porque la había atisbado de color leonado yendo en barca de Karakoy a Eminonu y me recordó de pronto la campiña romana pero alejada del deje melancólico del color que envuelve los alrededores de los montes Albanos. Ana se horrorizó ante la perspectiva

de tener que recorrer un lugar no registrado en relato alguno que ella conociera pero yo no estaba dispuesto a aguantar sesiones como la que nos dimos visitando el café que solía frecuentar Pierre Loti, con esas alfombras por los suelos, los divanes llenos de polvo y la visión de un Cuerno de Oro lleno de restos de petróleo. Optamos entonces por una tregua y yo renunciaría por el momento a ir a la parte asiática y ella se comprometía a seguirme mis caprichos del color, pero sólo en la parte de Eminonu, la zona más narrada. De eso no cabía la menor duda.

De esta manera iniciamos un periplo que nos llevó a Balat, donde se asientan casas de mil colores, pero el antiguo barrio judío se había convertido ahora en pasto para hipsters y la calle Vodina estaba atestada de cafés que recordaban a los más recientes de Canary Warf, los más recientes de Belleville, los más recientes de Malasaña, así que sólo la idea de visitar la iglesia de Salvador el Chora, con sus frescos y mosaicos donde los colores adoptaban poses de rebuscada refulgencia hizo que el día se salvara. La vista de los mosaicos, quizá si no los más bellos, sí los más grandiosos, porque eran capaces, como gemas diminutas, de iluminar la gran matriz oscura de las cúpulas bizantinas, realizó el milagro de que olvidara rencillas y fallidas reconciliaciones en el destartalado hotel de Pera y volviera a traer a mis hombros la cabeza olorosa a ciprés de Ana y la besara en los párpados con demorada lentitud. Ternura.

Entonces ella se empeñó, quizá como muestra de esa ternura sobrevenida, que fuéramos a comer a uno de esos restaurantes de barrio donde había leído en un

prospecto del hotel que solían frecuentar escritores y gente de la bohemia y que era uno de los sitios donde se reunía la gente más moderna de Estambul. Entonces fuimos a una de esas calles empinadas del barrio, la que estaba más de moda y después de una breve ojeada nos metimos en el restaurante que a Ana le pareció de perlas porque ofrecía comida de fusión, lo que hizo que me entrara un escalofrío un tanto quedo pero lo suficiente como para advertirme de la combinación nefasta que podía resultar de buscar maridaje a unos pimientos verdes rellenos de carne o a las sempiternas hojas de parra rellenas de arroz y carne, ese verde oscuro, triste y quemado que poco o nada tenía que ver con el verde rutilante de los pimientos crudos, cerúleos y lisos como níquel al tacto, con el verde de la escarola que encontrábamos en el buffet del hotel, un verde intenso vetado de una gama que terminaba perdiéndose en el blanco y que formaba un fondo delicioso a la vista cuando se le echaba encima una buena ración de crema agria salpicada de pepitas de granada con ese rojo rubí intenso y parecido a la sangre de búfalo que delata a la fruta cultivada en la India, un tanto agria y que nada tiene que ver con esa querencia de joya, entre rubí y pétalo de rosa que poseen las de Elche.

El local me recordó a uno semejante en la decoración al que unos amigos de Ana nos llevaron por los alrededores de Malasaña, donde el desvaído y previsible color pastel de la decoración pretendía hacer juego con el suelo, que consistía en una arena de albero y donde por necesidad salía uno del local con los calcetines manchados, como si se hubiese paseado

por una playa un día ventoso. En el local de Aslan el suelo, por suerte, consistía en una buena construcción de mosaicos con dibujos que recordaban a un *decó* islamizado, lo que era de agradecer pero que resultaba un poco anémico en un país donde se podía contemplar la luz hecha colores en las cúpulas de sus mezquitas y esas gemas escondidas en la matriz del sueño de las cúpulas bizantinas. Aslan, el dueño, se presentó en nuestra mesa, como haciéndonos los honores, aunque, salvo el escritor sentado en la mesa del fondo que nos miraba furtivamente mientras leía un libro de tapas amarillas chillonas, no había nadie más. Así que de inmediato fuimos pasto consabido. Lo de que éramos españoles pareció gustarles pues no tenían especial juicio, y por tanto prejuicio, formado sobre un pueblo que se encontraba en la otra punta y que sí, había sido su enemigo durante siglos, pero de eso hacía tanto tiempo que la cosa había pasado a ser sólo una página fácil de digerir y olvidar en un manual de historia escolar.

Nos dijo que su nombre significaba *león* y nos preguntó por el significado de los nuestros y pareció contrariado cuando le dijimos que no sabíamos. Fue entonces cuando apareció el escritor, así se presentó, y dijo que se llamaba Iskander Çelic, lo que traducido era algo así como Alejandro, que a su vez quería decir *defensor de la humanidad*, *Acero* y nos pidió permiso para sentarse con nosotros, lo que debía parecerle muy europeo cuando en realidad lo único que hacía era rebelarse contra la ceremoniosa y exquisita cortesía de la hospitalidad de su país, donde te acogían gozo-

sos en sus casas perdidas aún hoy los campesinos de la Anatolia, aburridos de largas jornadas semejantes y deseosos de que les llegara cualquier novedad, aun fuera en forma de turistas.

Noté a Ana encantada de la situación porque era su manera de creer que estaba viviendo aventuras cuando en realidad lo único que hacía era cambiar pareceres con personas que no eran de su país pero que pertenecían ya a la misma cultura. A Iskander le repetí lo que le dije a Aslan, que no conocíamos lo que significaban nuestros nombres pero que, como escritor que era, debía conocer a W. H. Auden. Noté que ponía cara de no saber de qué le estaba hablando, pero aun así seguí con mi discurso, hecho sólo para impresionar y, de paso, establecer una distancia que los turcos aceptaban de mala manera. Así que continué con que todos los nombres en nuestros países también significaban y que Wistan era palabra de los antiguos britones que significaba *el que tira la piedra más lejos*, y añadí que incluso en Inglaterra tenían un santo, San Wigstan de Mercia, hijo de Wigsman de Mercia y de la hija del rey Ceowulf de Wessex, asesinado por su padrino, Behortwulf de Mercia, y cuyo cadáver fue convertido en reliquia cristiana por Canuto el Grande y que, gracias al poeta inglés, el nombre de Wistan había renacido de sus cenizas porque se suponía que era ejemplo de uno de los primeros nombres paganos que pasaron en aquellos paisajes a ser cristianos. Y todo eso lo dije al tuntún, dando a entender que Iskander era hombre inteligente y culto, amén de escritor, y que entendería que lo que le estaba propinando

era una salida digna, eso del gran poder diferido del poeta por ser portador del relato en que se sustenta la historia, que a su vez es el relato en que el hombre justifica su paso por un mundo que en el fondo le es propio, sí, pero lleno de extrañeza, en un pozo que parece no tener fin.

Ana, entonces, pidió algo para comer e invitó al escritor, que se dijo admirador de Nâzim Hikmet y Orhan Pamuk, a acompañarnos y noté su alegría cuando dirigió su mirada hacia mí y con una sonrisa suponía que consentía en esa intromisión con buen ánimo. Y para demostrárselo le pregunté de qué manera conciliaba a un poeta comunista con un escritor de cierto posmodernismo y muy ligado a las modas de los campus norteamericanos que eran determinantes a la hora de que un escritor adquiriera notoriedad internacional. La respuesta fue rápida, la manía que los fundamentalistas les tenían y entonces comenzó a perorar contra Erdogan y el peligro que representaba para un país que gracias a Kemal se había liberado del peso muerto de una cultura no ya decadente, sino podrida en sus raíces. De ahí pasó a los armenios y a los griegos masacrados en Esmirna y fue entonces cuando Aslan, que trasteaba en la cocina con dos ayudantes de aspecto oriental, chilló a Iskander conminándole a que dejara el discurso político para otro momento y que ahora lo que tocaba era comer.

Le pedimos a Iskander que nos aconsejara. Bueno, en realidad, se lo pidió Ana que hasta entonces había hablado poco pero que ante la palabra *comida* pareció tomar la iniciativa. Pidió a Iskander una lista de los

platos de fusión que podían tomarse en el local, que tenía fama fuera de Turquía por ese tipo de cocina, pero el escritor nos aconsejó que pidiéramos comida de la de siempre, que Aslan cocinaba como nadie y que se sentiría en el fondo muy agradecido de que quisiéramos comer sus platos tradicionales.

Nos vimos inmersos, ahora, en una lista interminable de los meze, entremeses de colores vivos y variados; los dolma, más apagados pero que gozaban de la ventaja de que los colores mates, en especial el verde, adquirirían una rotundidad única gracias al horno próxima a un jade oscuro; los mejillones fritos y rellenos, con ese lustre negro salpicado de verde perejilero y del rojo del pimiento y las köfte, esas albóndigas que era plato donde Aslan se superaba y de las que sabía hacer más de cincuenta variedades. Iskander pidió unas albóndigas de cordero del pueblo anatolio de su padre que, dijo, tenía la ventaja de dar un sabor de lana más pronunciado que los corderos de las demás regiones, quizá por la gran cantidad de grasa que acumulan, debido al frío. Y como parecía que había que pedir albóndigas, Ana dejó que Iskander Çelic eligiera por ella, lo que llevó al escritor a pedir para ella las mismas albóndigas que él había pedido. Aslan, desde la cocina, al saber lo que habían pedido hizo el gesto internacional de alzar el dedo gordo de la mano en señal de triunfo.

Fui a la cocina donde Aslan le daba al fogón con el ayudante de aspecto oriental con la intención de pedir desde allí la comida, guiado sólo por su aspecto, por su colorido. El fuego, de carbón, daba confianza por-

que suponía lentitud y maña, ya que la llama no es tan constante como la de gas, así que me quedé un buen rato mirando el temblor y el crepitar de las llamas y luego le dije a Aslan que me enseñara los platos que ya estaban elaborados. Fui al mostrador contiguo a la cocina y allí contemplé la sinfonía de colores de la cocina turca, tan afamada, y me di por satisfecho por lo visto. Opté por unas albóndigas de calamares que nadaban en una salsa negra, muy profunda, de un negro mate, lo que otorgaba una frescura a los calamares nada sospechosa. Al elegir las Aslan levantó el dedo en señal de triunfo y entonces caí en la cuenta de que en realidad se homenajeaba a sí mismo y que con esa actitud quería decirnos que él era un artista como la mayoría de los clientes que venían por la noche, desde músicos como Kayip y Yas Hikayesi a escritores como Iskander o diseñadores como Gundeli Turkai, que había trabajado en Zara, o Arzu Kaprol, que se deja ver poco porque suele vivir la mayor parte del año en París y Nueva York.

Mientras me fijaba en la blanca palidez de la baclava de pistachos, vainilla y agua de azahar me pregunté si este local, limpio, honrado pero falto de pretensiones salvo el hecho de estar en zona de hipsters, podía albergar tal cantidad de famoseo turco, algunos de ellos, de Iskander no sabía ni de su existencia una hora antes, de relieve internacional y por lo que se me alcanzaba alguno de enorme valía.

Me senté, ahora sí, satisfecho en la mesa a la espera de que Aslan nos viniera con los meze, que atraían por su aspecto, como esas especies de ranas y hongos

de hermosos colores y que son las más venenosas. Iskander pidió raki para beber y Ana debió pensárselo mejor pues, aquí, sí, me acompañó en mi pedido de ayran. Mi comida, me di cuenta después, estuvo regida por el blanco mientras Iskander nos acompañaba al parque Miniaturk, en Sütlüce, desde donde pretendía que cogiéramos después de ver las maquetas el teleférico para ir al café de Pierre Loti. Le dijimos que estuvimos el día anterior pero no se desanimó, quería acompañarnos a cualquier sitio con tal de estar un rato a nuestro servicio. Propuso, entonces, ir por la noche al club Kemanci a escuchar rock y ante la cara de escéptica que puso Ana, Iskander arguyó que el rock turco había alcanzado fama y que al fin y al cabo no era de extrañar ya que los mejores platos de baterías se habían hecho siempre en Turquía, desde los Istanbul Mehmet a los Zidjian pasando por los Istanbul Agop, pero antes deberíamos ir a Beyacit Medani a comprar pañuelos sirios de seda, de contrabando, claro, en manos de kurdos o a Kadikoy, al mercado de las pulgas. Y para cenar, finalizó, el sándwich por excelencia, un bocadillo de caballa, baclava, kumpir y waffles...

Esta insistencia de Iskander me recordó al enjambre de niños que no terminas de quitarte nunca de encima en lugares como Marruecos, Egipto, la India... sólo que aquí no se trataba de un niño sino de un adulto. Peor perspectiva no la había previsto ni en sueños cuando Ana propuso que pasáramos unos días en Estambul, que, decía, había sido la segunda Roma y que amén de estar construida en sus siete colinas

obligadas estaba rodeada de un mar del que carecía la primera Roma, un mar afortunadamente dividido por el Cuerno de Oro, el Bósforo y el mar de Mármara, y que habían cantado multitud de escritores del pasado siglo, desde Tampinar a Burhan Sönmez y el inevitable Pamuk...

Lejos de conmoverme tamaña lista de escritores actuales que exhibía Ana, amén de alguna referencia cargada de rebuscado exotismo, ¿de dónde habría sacado la referencia a Cristóbal de Villalón?, estuve a punto de dar al traste con ese deseo, llevaba tiempo conmoviéndome ante ese aire perlado de miel de algunos días del verano romano, cuando los atardeceres se posesionan de ese color y forman durante unos minutos, antes de que los monumentos sean iluminados, una amalgama única de rojos desvaídos y realzados por el color de las piedras de los edificios, y ya me había hecho a la idea de Roma, una vez descartada Venecia y sus colores de los pintores por la cantidad de turistas capaces de envenenar hasta el aire, cuando me vino Ana con Estambul, ciudad en la que estuve viviendo en un tiempo lejano un trimestre, invitado por una escritora turca, Zeynep Gariboglu, que me enseñó lo que podía dar de sí una relación libre y tumultuosa en un país dominado por los militares y a la que vi años después en su apartamento parisino de la rue de la Victoire, en la Chaussée d' Antin, desde donde divisábamos la Sinagoga, asomados a una ventana que nos servía de reclinatorio y donde Zeynep gustaba de que la montara por atrás, mientras escupía obscenidades sin cuento al dios de Moisés, donde vi-

vía en un exilio dorado porque se había hecho amante de una judía, Danna Babineaux, nacida Weil, no, nada que ver con la escritora, y casada con el banquero Edmond Babineaux, cuyos intereses en el Levante y su tremenda habilidad para unir negocios y política le había hecho inmensamente rico. La verdad es que durante las tardes interminables que pasábamos en la rue de la Victoire debido al inclemente invierno parisino, me interesaba más por las aventuras de Edmond en Líbano o en Irán que por los recitativos de las compras por los alrededores de la Plaza Vendôme o del modo en que se enroscaban ella y Danna untadas de cremas que costaban un ojo de la cara y en que alcanzaba un orgasmo que nunca había conseguido con un hombre y que Zeynep gustaba de describirme hasta el detalle microscópico mientras, yo sabía, se preparaba el consabido whisky que la servía como prolegómeno para que nos juntáramos en la ventana al modo de reclinatorio desde donde la Gran Sinagoga parecía querer acogernos en esa entrada ancha que a mí me recordaba una estación ferroviaria.

Fue en esa época cuando comencé a descubrir que los colores podían ser materia cognitiva, y eso quizá se debiera a que ese perpetuo gris paloma de que está hecho el color de París explicaba ciertas actitudes de ciudad burguesa, de escarapate y trampantojo de espejos del alma humana donde la vida fácil, el cotilleo, el buen hacer casi obligatorio, esa cortesía exigida que las más de las veces no oculta nada más, esa ausencia de sentimiento arcádico que se relega a la provincia y su literatura producen esa transformación casi mágica

de elementos contradictorios y donde mucho se debe al ritual capaz de transformar los despojos sangui-nolentos, las patas de los animales y sus menudillos en platos regios, por ejemplo, o dotar a una meretriz arruinada y merced al maquillaje, ese arte que juega con la gradación casi infinita de los colores, de los encantos de una jovencita recién llegada del pueblo. Ese color gris paloma tan peculiar podía también explicar en parte el lado que el ritual establece en la tribuna política, de hacer del presidente de una República que se hizo a sangre y fuego con peculiar inquina a lo regio y lo aristocrático una especie de rey sin corona pero con los atributos rituales debidos a un emperador, o en la literaria, transformando la equilibrada tragedia de los griegos a base de pulir la lengua y dotarla de la falsa profundidad que ofrece el ritmo del alejandrino en un recitativo declamatorio ideal para la pompa de una corte pomposa.

Ese color gris paloma que se corresponde así a cierto racionalismo que debe regir la vida humana, ese color del cielo que mantiene su correspondencia con el suelo de la ciudad, esas capas de caliza fácilmente horadables y que se corresponde en lo subterráneo a la traicionera tranquilidad de ese cielo gris paloma que atrae con la misma facilidad que la niebla y que como ésta despista, confundiendo, transformando voluntades de caminos rectos, voluntades que sólo buscan la luz que les guíe y la paz consiguiente.

Y esa intuición habida en París que me aconteció una tarde en que estaba con la sensibilidad a flor de piel mientras enculaba un poco aburrido ya a una

Zeynep que había hecho de aquello una costumbre, al igual que insultar con palabras que se acrecentaban, cuando conseguía uno de sus largos, sostenidos, orgasmos, a la sinagoga que se alzaba con una entrada como boca voraz frente a sus ojos, me aconteció poco más tarde en Pekín cuando me perdí en el dédalo de los hutong, esos callejones que forman la ciudad vieja formados por unas estrechas viviendas, los siheyuán, y caí en la cuenta de que, al contrario que el cielo de Pekín que se percibe desde sus rascacielos y modernos edificios, desde estos callejones donde las casas color cemento forman una suerte de ciudad blanquecina próxima a la cualidad de los huesos, el cielo adquiriría una tonalidad gris paloma, no exactamente la de París pero sí muy próxima. Relacionar la pompa de los emperadores chinos con la pompa de los luises, relacionar el racionalismo de los mandarines de ideal confuciano con la tradición filosófica francesa; relacionar el ritual de la Ópera de Pekín con la declamación de Racine y Corneille; relacionar las esclusas de los canales que forman una pensada red fluvial en Francia con los canales imperiales chinos era cosa cantada, al igual que la geometría de cultivo de sus campos y, claro, la cocina barroca, complicada y plena de metáforas de la China con la cocina barroca de los Luises y la burguesa de altos vuelos de los napoleones, que huye de la sencillez pero conserva el aroma peculiar de la provincia, y ello por no hablar de la influencia de los hombres de letras en la conformación de la República, todos al Panteón, con la casi sagrada reverencia hacia los Letrados, los mandarines en ese continente que graciosamente

llamaron el Imperio del Centro como centro de Europa es Francia.

Y lo cierto es que ese juego de las correspondencias por los colores me entusiasmó tanto que llegué a conclusiones extravagantes. La visión de la Union Jack uniéndose a la bandera del Sol Naciente en su profusión de rayas de colores capaz de distinguirse a distancia me hicieron plantearme correspondencias curiosas, islas las dos, de lluvias intensas, extensas y profusas las dos, de pasado guerrero las dos, con una continua lucha de guerras civiles hasta la paz de la unión de las Dos Rosas en el caso de una y la época del Soghunato con su alternancia de orden y caos hasta la Restauración Meiji en el caso de la otra, sí, y la modernización traumática de las dos, cada una a su manera pero desembocando en una desenfrenada vocación imperialista, producto de ser lugares sin recursos, por lo tanto pobres y con una necesidad perentoria de sublimar esa pobreza. Y todo ello por no hablar de la comida, sencilla, práctica, en las antípodas de las cocinas china y francesa, barrocas, ricas; y todo ello por no hablar del orgullo de sus clases altas y del gusto por el ritual exacto, de calculada práctica, tan alejada del ritual de deslumbramiento del poder tan propio de los luises y de los napoleones y de las extensas dinastías chinas. Y las ciudades, esas enormes y laberínticas extensiones de tierra que parecen no acabar nunca, construidas no al modo chino o francés, que lo copia de la antigua Roma, la ciudad anular que se desarrolla en torno a un centro cívico y religioso, sino adosando poblaciones que conservan a veces su